

La mejor versión de sí mismo

Por ANAISIS HIDALGO RODRÍGUEZ
Foto FRANK ESPINOSA FONSECA

"Cuidate y regresa sano y salvo", fueron las palabras que Félix Segura González escuchó de la esposa, al partir hacia Occidente a apoyar en la recuperación del servicio eléctrico, en tanto su pequeña, con ojos llenos de inocencia, le suplicó: "Papito, no te vayas". Ni aquella frase llorosa ni el abrazo familiar pudieron apartarlo de tamaño compromiso.

Al recibir la noticia de que debía ir hacia Artemisa, para participar en la eliminación de los daños causados por el huracán Rafael, el liniero especializado Félix Segura González se encontró ante un profundo dilema: la lealtad hacia la familia y el compromiso con el deber.

Mientras el corazón anhelaba quedarse junto a los seres queridos, sus convicciones lo impulsaban a ayudar a aquellos que habían sufrido las consecuencias de la tormenta.

"Mi familia lo es todo para mí, pero también mi patria", asevera quien, con cada jornada de trabajo, siente el peso de ambas responsabilidades en su corazón.

Para él, la familia representa el refugio, el amor incondicional y el apoyo para seguir adelante, incluso en los días más difíciles. Cada sonrisa de los seres queridos es un recordatorio de por qué se esfuerza tanto.

En el poblado de Caimito, ubicado en la misma Carretera Central, al noreste de la provincia de Artemisa, el eco del huracán Rafael aún resonaba en las



calles: las viviendas, desgastadas y despojadas de su esencia, mostraban cicatrices visibles, mientras el tendido eléctrico yacía enredado, como un testigo silente de la ira de la naturaleza.

A este escenario llegó Segura González, junto a otros integrantes de la UEB de Río Cauto, pertenecientes al contingente Desembarco del Granma, de la Empresa Eléctrica de la provincia.

La magnitud de los daños era notoria, sin embargo, la escasez de recursos no detuvo su determinación.

"Barrenamos tres cuchillas que quedaron instaladas, enarbolamos postes, les dimos tensión y desarbolamos líneas para llevarlas a su lugar", explicó el avezado liniero, jefe de brigada.

Su voz, firme, experimentada y llena de propósitos, resonaba entre los jóvenes que lo acompañaban.

Dos linieros especializados y dos eléctricos, con una edad promedio de 25 años, se preparaban para el arduo trabajo; tres de ellos novatos en la contienda, pero con entusiasmo y deseos de aprender palpables.

"Son jóvenes responsables. Discutimos el trabajo de cada jornada antes de empezar, tienen mucho interés y conocimiento. Tratan de hacerlo todo con excelencia, como caracteriza a los trabajadores de la electricidad granmenses", manifiesta Segura González, quien ya había tenido la oportunidad de participar en este contingente. Para él, cada misión es una oportunidad de forjar el futuro.

"El trabajo avanzó con calidad. El juego de cuchillas que se desmontó estaba en malas condiciones, pero cambiamos todo el herraje, aunque los recursos han estado limitados", describe.

En el contingente Desembarco del Granma, la juventud es un recurso valioso que Félix, entre los más experimentados, pule día a día con su sabiduría.

Como liniero, entiende que su labor no solo sostiene a la familia, sino que también es un acto de servicio al país. La conexión entre el hogar y su patria es inquebrantable; ambos son pilares fundamentales para la vida, por eso, cada vez que se enfrenta a un desafío, lo hace con la determinación de honrar a quienes ama.

En su corazón, siente que el amor por la familia y por la patria son dos fuerzas que lo guían y lo motivan a mostrar la mejor versión de sí mismo.

Linaje rebelde con ascendencia mambisa

Texto y foto ORLANDO NARANJO ESCALONA

Sangre rebelde circula por sus venas, pues el padre, Luis Vázquez Pérez, apodado El Indio de Crescencio, llegó a ostentar los grados de capitán del Ejército Rebelde.

Tal vez por ello, Pablo Vázquez Díaz se inclinó hacia la vida militar y, con 15 años de edad, llegó a La Habana, junto a otros jóvenes de toda Cuba, para formarse como cadete de las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR).

Pero lo que el entonces jovencito no sabía era que las tantas vueltas de la vida solo sirven para ubicarte en los sitios y senderos donde han de fraguar tu destino.

"Al terminar mi etapa preuniversitaria, desde las FAR me brindan la oportunidad de ingresar a la Universidad, escojo la especialidad de Agronomía, por mi tradición campestre, y me voy hasta la Martha Abreu, de Villa Clara, para convertirme en ingeniero y así contribuir, desde la agricultura, a la defensa armada de mi país".

Conoce el amor de su vida en tierras villareñas y, en 1986, tres años antes de graduarse, se establece en Corralillo, la zona de su compañera de vida, Bárbara, donde comienza a suplir la falta de docentes del Instituto Politécnico Agropecuario Aurora Rivero, de la localidad.

"Allí me vinculo, de igual modo, a las áreas productivas de Motembo, uno de los otrora mayores planes de cítricos y frutales del país, lo que me sirve, además, para consolidar mis conocimientos prácticos sobre la propagación, manejo y producción de estas y otras especies vegetales".

Ya licenciado de la vida militar, continúa las facetas de docente y operario agrícola hasta que, en 2014, ante el débil estado de salud del padre, decide regresar a su natal Cayo Espino, 40 años después de la partida.

"Lo primero que hice fue convertir la finca de mi padre en un extenso sembradío de cítricos y frutales, combinado con café y otros cultivos varios. Aproveché para ello la experiencia en estos menesteres por el centro del país y la ayuda de mis hermanos, actualmente al frente de esta.



"Luego estuve un período dirigiendo las cooperativas manzanilleras Camilo Cienfuegos y Orestes Gutiérrez, de El Purial y Cayo Espino, respectivamente, hasta que mi diabetes me lo impidió".

Ni siquiera la enfermedad mencionada, que lo ha llevado a la amputación del dedo pulgar del pie izquierdo, ha impedido que Pablo continúe, ahora desde su residencia en el masoense barrio de El Corajo, empleando todo su tiempo en la producción de posturas de plantas diversas, incluidos condimentos, frutales y árboles maderables.

"Mi intención es crear un macizo en áreas de la UBPC Calixto García; ya cuento con unas 10 hectáreas que hemos ido liberando de malezas y otras plantas leñosas, como palo blanco y marabú.

"Estamos a la espera de la aprobación del financiamiento del proyecto, que incluye una minindustria para garantizar el encadenamiento productivo de todo lo que en la finca se genere".

A sus 66 años de edad, Pablo sigue dando guerra a la vida, contagia con la manera tan hermosa de contar sus sueños hasta hacerte partícipe de ellos.

Es un hombre de ciencia aplicada a los tiempos, ayer con productos químicos disponibles en el país, hoy con bioestimulantes y enraizadores naturales para sus injertos y esquejes, como la sábila, plátano maduro, almácigo y miel de abejas.

De la vida militar solo quedan los recuerdos y el orgullo de pertenecer a un linaje que lleva en sus venas sangre rebelde y también mambisa.

Muchachito de 100 años

Texto y foto OSVIEL CASTRO MEDEL

Sonríe ante la primera pregunta para luego responder: "Yo soy un muchachito, un muchachito de 100 años".

Así dice Sergio Rodríguez Aguilar, un bayamés que, el pasado 7 de octubre, se convirtió en centenario y celebró el cumpleaños rodeado de buena parte de su parentela, compuesta por seis hijos, 18 nietos, 19 bisnietos y cinco tataranietos.

Creció en el barrio rural de El Chungo, donde trabajó fuerte desde niño, primero en una vaquería y luego en un aserrío, razón por la que apenas pudo llegar hasta el segundo grado de escolaridad.

"Tenía que ayudar a mis padres", dice, para luego evocar a sus cuatro hermanos y a Gladis Santoya, la mujer con la que se casó y tuvo descendencia. Ella, desdichadamente, no está hace 22 años.

Unos meses antes de la pérdida de su esposa, se había mudado a Micro V, donde vive actualmente, al cuidado de su hija Miriam y muy cerca de otros familiares que lo miman y lo quieren con orgullo.

A su siglo de vida, refiere haber olvidado muchos hechos, aunque nunca borra de su mente que saboreó chicharrones y carné de cerdo asada, ni tampoco que pasó grandes privaciones en épocas del "machadato" (el gobierno de Gerardo Machado).

Sobre su salud, comenta que puede "hacer muchas cosas", como caminar y desyerbar (si hiciera falta), aunque lo golpea la baja audición. "Tengo una sordera que me tiene mal, quiero ir al policlínico a hacerme un lavado de oídos a ver si mejoro", expresa.

Sergio, curiosamente, es la segunda persona de su cuadro que llega a los 100 años, pues el 22 de enero lo hizo Vicente Cutiño Castillo.

Cuando **La Demajagua** le habló sobre este hecho, recalcó que solo "Dios sabe cómo se llega a esta edad" y recomendó a todos los seres humanos a hacer el bien, "que es lo mejor en este mundo".

